

Roque Esteban Scarpa

DOS POETAS ESPAÑOLES

Federico García Lorca
Rafael Alberti

Santiago 1935

Roque Esteban Scarpa

DOS POETAS ESPAÑOLES

Federico García Lorca
Rafael Alberti



IMPRENTA W. GNADT

AV. PORTUGAL 8

1935

“... Me dijo que quería que los mis libros fablesen más oscuro, et me rogó que si algún libro faciese que non fuese tan declarado”.

Don Juan Manuel

PRESENTACION

Signo del tiempo, signo de primavera, signo de madurez, muestra el campo español en esta hora. Aún no se conoce el fruto definitivo de la generación actual; aún no se aquieta el paisaje, que crece, se extorsiona, para dar a luz blancas rosas puras o flores de estufa.

El viajero ve correr el paisaje hacia la muerte y piensa si esta recreación de la tierra no morirá quemada, antes que los hombres sostengan en sus manos la maravilla de un manojo de flores; si pasará como lo han hecho tantas cosas. Pero el viajero tiene fe: el mundo jamás ha levantado una cruzada que no llene los siglos. Y si España fué un día, un mundo que no conocía la noche, ¿por qué la descendencia

que se ha lanzado al descubrimiento de un mundo nuevo en la creación, ha de verla? Ante la noche que venía, tras la pérdida de las colonias de Ultramar, levantó sus brazos para detener al sol, la generación del 98. A su luz se escudriñó los viejos secretos de la raza; la fuente en que bebió su juventud. La nueva generación revisando los antiguos clásicos cobra fuerzas, como si el apóstol Santiago estuviera entre ellos, y va a la conquista. Una plena lucha: entre la decadencia y el renacer; el otoño—promesa de invierno— y la primavera—juramento de madurez—, es lo que ve el viajero.

Tiene fe el que contempla, pensando que acaso no ha sido otro el comienzo de los siglos de oro; pero como fe asentada en el pensamiento, duda, busca en otras mentes el sostén para su visión ciega y en ellas se apoya. Otros hablarán junto a él y darán mayor aliento a su voz.

Ha tomado el viajero del paisaje que contempla dos zonas. Las cree las más diversas entre sí y representativas. Hay alguien que gritará que no lo son, que tal o cual alcanzan mayor altura u originalidad y mostrará una rama cargada de pomos que se contempla en un charco del camino. El viajero cansado no querrá discutir y dirá que los ha elegido por capricho o preferencia.

A pesar del aislamiento de las dos figuras, el viajero piensa que son tan complejas que puede no ser fiel en su decir, que él será oscuro, no por amor a alguien como el Infante don Juan Manuel, sino por no poder dar la imagen de todo lo que ha visto. La oscuridad es, en ocasiones, la gemela de la parcialidad.

Esas dos figuras nacidas en Andalucía, que ha secuestrado, el que viaja, del panorama son: Federico García Lorca y Rafael Alberti.

FEDERICO GARCIA LORCA

“¡Qué raro que me llame
Federico!”

García Lorca.

Granada. Ante todo, Granada, como Beatrice lejana y cerca del Dante. Es querer huír aherrojado, el pretender abandonar a Granada para hablar de García Lorca. Yo no sé de Granada, no he estado en sus calles, ni he sentido temblar sus cipreses altos. Pero he conjurado a voces amigas que me respondan: “No olvidemos el paisaje: morado, de tristeza leve, fina: luz difusa, luz huidora como los arabescos y las fuentes. Granada puede ser una invitación a la nostalgia, para los Boabdiles de todos los obligados renunciamientos”.

“Cuando la tarde se puso
morada, con luz difusa,
pasó un joven que llevaba
rosas y mirtos de luna”.

(Árbolé, árbolé).

Granada es la voz que manda en García Lorca; el excitante de una rosa arrojada por mano de dama para el heroísmo de su caballero. García Lorca, Caballero de Doña Granada. Bajo su sol ha quedado inquieta la sombra del escritor en Fuente Vaquera y la Vega de Zujaira, nombres casi de leyenda.

El sortilegio que hizo llorar a aquel Boabdil el Chico, ante su pérdida, ¿acaso no obligó a la loca reina Doña Juana, cristiana mujer, a venir a reposar el sueño de sus desventuras, en un sarcófago de hierro, sobre esta tierra, porque ella

“... vino de la tierra dorada de Castilla
a dormir entre nieves y ciprerales castos”.

El poeta conoce que la predestinación alcanzaba a la reina loca:

“Granada era tu lecho de muerte Doña Juana,
la de las torres viejas y del jardín callado,
la de la yedra muerta sobre los muros rojos,
la de la niebla azul y el arrayán romántico”.

(Elegía a Doña Juana la Loca)

Doña Juana y Boabdil. Cristianos y moros. La esencia del aroma de Granada está en la suave mezcla de ambas razas. Los ríos violentos de otras edades se han aplacado y hoy corre uno solo, apacible. No hay ya ocasión de moriscos que digan en sus romances:

“Católicos caballeros,
los que estáis sobre Granada,
y encima del lado izquierdo
os ponéis la cruz de grana...”

que ni de aquel don Ramiro el Monje que

“Ansí entrara en la batalla,
muchos moros muertos había...”

Todo ha quedado sellado en el tiempo. Las aguas de la tradición bullen en el alma y en los ojos con resabios de morería y cristiandad. Aquel loado Ganivet en su “Granada la Bella”, señala como uno de los caracteres de ese pueblo la

devoción al agua; otro el amor al pan. Abluciones islamitas que han dejado huella. No recordais, por ventura, aquellas inscripciones en una fuente de un jardín del Alcázar, que dicen, si mal no recuerdo: "Yo soy un globo de agua que se muestra a los ojos de los hombres puro y sin velo". Este amor al agua en un moro. En un español, dice como en Juan Ramón, el andaluz de Moguer: "Recuerdo cuando era niño, las noches largas de lluvia, en que me desvelaba el rumor sollozante del agua redonda que caía, de la azotea, en el aljibe. Luego, a la mañana, íbamos locos, a ver hasta dónde había llegado el agua. Cuando estaba hasta la boca, como está hoy, ¡qué asombro, qué gritos, qué admiración!

¿No podría verse en el amor al pan una cristiana transposición del Sacramento? El mismo Juan Ramón, recoge en su "Platero y yo", el ansia del pan: "El alma de Moguer es el pan". "A mediodía, cuando el sol quema más, el pueblo entero empieza a humear y a oler a pino y pan calentito. A todo el pueblo se le abre la boca. Es como una gran boca que come un gran pan. . . ." "Y los niños pobres llaman, al punto, a las campanillas de las cancelas o a los picaportes de los portones y lloran largamente hacia adentro: ¡Un poquiito de paaan! . . ."

Cantaría en el remanso andaluz, en estos siglos, una sola voz, hija de estas razas.

Federico García Lorca, hijo de la tierra, no podría sustraerse a su propia entraña y vocear su devoción al agua:

"Y la canción del agua
es una cosa eterna.
Es la savia entrañable
que madura los campos,

es sangre de poetas
que dejaron sus almas
perdersé en los senderos
de la naturaleza.

(Mañana).

“¡Oh lluvia franciscana que llevas en tus gotas
almas de fuentes claras y humildes manantiales!
Cuando sobre los campos descienes lentamente
las rosas de mi pecho con tus sonidos abres.

Mi alma tiene tristeza de la lluvia serena,
tristeza resignada de cosa irrealizable,
tengo en el horizonte un lucero encendido
y el corazón me impide que corra a contemplarle”.

(Lluvia).

“Más yo siento en el agua
algo que se estremece... como un aire
que agita los ramajes de mi alma”.

(Manantial).

¿No véis aquí, en la cita, un subrayamiento del alma
que Ganivet daba a los andaluces? No tiene espejo de claridad
aquello:

“Mas yo siento en el agua
algo que se estremece... como un aire
que agita los ramajes de mi alma”.

¿No es el alma que reconoce el amor al agua en sus antiguos
recuerdos? En el mismo poema “Mañana” late la cristiana
sangre:

“¿Qué es el santo bautismo
sino Dios hecho agua
que nos unge las frentes
con su sangre de gracia?”

Llama en su “Oda al Santísimo Sacramento del Altar”,
al “corporis misterium”

“Piedra de la soledad donde la hierba gime
y donde el agua oscura pierde sus tres acentos”.

Parece, en estos versos que el cristiano emergiera del rescoldo de su pueblo y renegara de esa clara agua morisca que no siempre puede ser sangre de gracia, y anhelara el agua oscura del misterio del Sacramento, donde la Trinidad baja fundida.

Y de aquel pan, que Ganivet declaraba pan de su estirpe, dice G. Lorca:

“La espiga es el pan. Es Cristo
en vida y muerte cuajado”.

(Canción Oriental)

y al pan del Altar llama:

“Panderito de harina para el recién nacido”.

El poeta siente tras sí toda una cadena de cosas inexpresadas. En Granada él vé:

“... el anillo de bodas
que llevaron sus abuelos.

y que

Cien manos bajo la tierra
lo están echando de menos”.

(Escena).

Está atado a la vida de sus muertos. El mismo lo ha dicho:

“Tiene recias cadenas
mi recuerdo”.

un recuerdo que salta como un surtidor que ha llenado de arco iris todos los siglos de sol.

No se agota a Andalucía con mentar su hondo amor al pan y al agua; siempre queda en el alambique el hervor de reacciones que no atinamos a expresar.

De vuelta de Estados Unidos, una tarde, habló García Lorca que “Granada huele a misterio, a cosa que no puede ser y sin embargo es”. Esta duda, oscilación entre no ser y ser que tiene su ciudad, asalta con cuchillo de lirio helado como uno de sus gitanos, a García Lorca:

“¿Y si la muerte es la muerte
qué será de los poetas
y de las cosas dormidas
que ya nadie las recuerda?
¡Oh sol! de las esperanzas!
¡Agua clara! ¡Luna nueva!
¡Corazones de los niños!
¡Almas rudas de las piedras!
Hoy siento en mi corazón
un vago temblor de estrellas
y todas las rosas son
tan blancas como mi pena”.

(Canción otoñal).

En otro poema, ansia preguntarle a la luna, como si fuera una margarita:

“¡Si mis dedos pudieran
deshojar a la luna!

(Si mis manos pudieran deshojar)

En el “Libro de poemas”, su primer libro, el poeta llega a identificarse con su tierra, de tal manera, que parece que su alma se mirara en un espejo. La delicada leyenda de Oscar Wilde sobre Narciso, recuerda a esta época de adolescencia de su poesía: el alma de García Lorca se vé bella en el alma de Granada y el alma de su tierra no hace sino complacerse en García Lorca. El mismo tema de Narciso preocupa al poeta que, clarividente, dice en “Canciones”:

“... y en la rosa estoy yo mismo.
Cuando se perdió en el agua,
comprendí. Pero no explico”.

(Narciso).

Son poemas melancólicos, algo juanranmonianos, escritos en campos andaluces, de tristeza leve y luz difusa; allí siente, en el corazón, un vago temblor de estrellas, el poeta. Conoce la inquietud en la paz de lo conocido; no es la pérdida de ruta, el quebrar la brújula, sino el ansia de salir para volver más amoroso. Sale García Lorca de su Fuente Vaquera. Va hacia Castilla. Azorín tiene en “Los Pueblos” una visión de contraste bien expresiva; Martínez Ruiz se alegra de no estar “en las estepas yermas, grises, bermejas, gualdas, del interior de España. Ya el cielo no se extiende sobre nosotros uniforme, de un añil intenso, desesperante; ya las lejanías no irradian inaccesibles, abrumadoras”. En cambio aquí en Andalucía: “una luz sutil, opaca, cae sobre el campo; el horizonte es de un color violeta nacarado; cierra la

vista una neblina tenue. Y sobre este fondo difuso, dulce, sedante, destacan las casas blancas del poblado”.

El primer poema fechado en Madrid—son pocos en su primer libro— clava su desesperanza, ausculta el vuelo de las aves que van hacia el sur para reencontrar su camino, que ha perdido en la Corte. Y dice:

“La sombra de mi alma
huye por un ocaso de alfabetos,
niebla de libros
y palabras.
¡La sombra de mi alma!

y sorprendido de esta bruma de libros, en una ciudad extraña, se pregunta:

“Ruiñeñor mío.
¡Ruiñeñor!
¿Aún cantas?

(La sombra de mi alma)

No se puede ser de una región viva impunemente. Como el padre de Melibea dice del amor, podemos decir los que amamos la tierra que nos dió su fuerza: “Herida fué de ti mi juventud; por medio de tus brasas pasé . . .”

Esta consubstanciación con el alma de su región denota que la poesía de García Lorca responde a algo serio e interno. Al simplificarse el estilo, al adquirir el poema una esquematización en la forma, siempre el movimiento anímico que lo produce se mantiene nerviosamente inalterable. Mas, no vaya a creerse, que al reconocer la fuerza de su pueblo dentro de él, neguemos a García Lorca. No; es como aquellos caudillos que emergen de la necesidad, del ansia de toda una multitud.

En el "Libro de Poemas", apuntan las cualidades que se sostienen en la obra total. Comienza el tono dramático escudándose tras el tímido elegíaco, la sonrisa apenada de los juegos infantiles, el resplandor de sangre y canto. En aquel libro, sin duda que asoman, especialmente en la nota elegíaca, voces ajenas bajo la fuerte del poeta, segundas voces que hacen a su canto. Juan Ramón Jiménez le pone aquel murmullo de desesperanza y la musicalidad dulce de sus versos. Juan Ramón ha nacido bajo el signo de Garcilaso:

"No me podrán quitar el dolorido
sentir . . ."

Pero García Lorca es un hombre que no se complace en la tristeza, no la considera fatal y eterna, como el poeta nacido en Moguer.

Ya en "Canciones", su segundo libro publicado, el poeta deja la bruma azul, limpia el horizonte, carda la lana con que tejerá su capa gitana. No reniega de su casta. El poeta es igual al creyente que vé alzar la Hostia que va a recibir, ve la pequeña luna blanca, casi se siente poseído por ella, pero la contempla fuera de sí; luego la recibe en su boca, la sabe dentro de su cuerpo, y aunque le muestren otra blanca y virginal, siempre resplandecerá mayormente la luz que le ciega el alma y ya sentirá más su Hostia que la que resplandece en el ostensorio.

El paisaje queda depurado, la vida se quita su capa y queda en carne viva; todo cobra una estilización tal, que se divisa lo real, pero se lo contempla como sombra transparente de sí mismo. Tiene esta depuración, la calidad exigida por Juan Ramón Jiménez; "Lo espontáneo sometido a lo consciente". Nacen las imágenes temerosas de su propia verdad:

"el escándalo temblabá
rayado como una cebrá"

(Canción del mariquita).

"El nardo de la luna
derrama su olor frío".

(Eco)

"Niño

¡Que te vas a caer al río!
En lo hondo hay una rosa
y en la rosa hay otro río.

¡Mira aquel pájaro! ¡Mira
aquel pájaro amarillo!

Se me han caído los ojos
dentro del agua.

¡Dios mío!

¡Que se resbala! ¡Muchacho!

... y en la rosa estoy yo mismo.

Cuando se perdió en el agua,
comprendí. Pero no explico."

(Narciso).

El poeta ansía el camino que lleva a una pureza mayor
de la poesía:

"Un cantar luminoso y reposado
pleno de pensamientos,
virginal de tristezas y de angustias
y virginal de ensueños,
cantar sin carne lírica que llene
de risas el silencio.

(Una bandada de palomas ciegas
lanzadas al misterio).

Cantar que vaya al alma de las cosas
y alma de los vientos
y que descanse al fin en la alegría
del corazón eterno”.

(Cantos nuevos).

Siente el ansia de alcanzar ese final. Lo recalca en otro canto:

“Sed de cantares nuevos
sin lunas y sin lirios
y sin amores muertos.”

Pero va por otro sendero sin aquella virginalidad de tristezas y de angustias; no puede olvidar que es genuinamente andaluz y un algo juglar. (Quien le ha oído narra maravillas de su manera de recitar sus propios poemas).

Infantilidad.—Es casi una adolescencia de aquellas llenas de alegrías y tristezas sin motivo, la que muestra su faz en la obra del poeta. No olvida G. Lorca que ha sido niño, y en ocasiones llora el haber olvidado aquel juguete llamado niñez, quizá que tarde. Cuando recuerda — el recuerdo nace siempre en la hora esperada y oportuna—Federico deja oír su voz de niño o de muchacho que triza el vidrio de claridad con su sapiencia nueva de pecado. La pobrecilla, viudita del Conde Laurel es interrogada, sin que el poeta logre arrancarle el secreto de la ingenuidad, perfecto juramento que han hecho todos los niños de no revelarlo y que es como el santo y seña de sociedad oculta jamás traicionada.

“Sobre caballitos
disfrazados de panteras
los niños se comen la luna
como si fuera una cereza.

¡Rabia, rabia, Marco Polo!
Sobre una fantástica rueda,
los niños ven lontananzas
desconocidas de la tierra.

(Tío vivo).

—¿Por qué llevas un manto
negro de muerte?

—Ay, yo soy la viudita
triste y sin bienes!
del conde del Laurel
de los Laureles.

—¿A quién buscas aquí
si a nadie quieres?

—Busco el cuerpo del conde
de los Laureles.

—¿Tú buscas el amor
viudita aleve?

Tú buscas un amor
que ojalá encuentres.

—Estrellitas del cielo
son mis quereres,
¿dónde hallaré mi amante
que vive y muere?

—Está muerto en el agua,
niña de nieve,
cubierto de nostalgias
y de clavés.

—¡Ay! caballero errante
de los cipreses,
una noche de luna
mi alma te ofrece.

(Balada de un día de Julio).

Los verdes lagartos filósofos y sufrientes:

“En la agostada senda .
 he visto al buen lagarto
 (gota de cocodrilo)
 meditando.
 con su verde levita
 de abate del diablo
 su talante correcto
 y su cuello planchado,
 tiene un aire muy triste
 de viejo catedrático .
 de artista fracasado
 ¡Esos ojos marchitos
 cómo miran la tarde
 desmayada!”

(El lagarto viejo)

“El lagarto está llorando .
 La lagarta está llorando.
 El lagarto y la lagarta
 con delantalitos blancos.
 Han perdido sin querer
 su anillo de desposados.
 ¡Ay, su anillito de plomo,
 ay, su anillito plomado!
 Un cielo grande y sin gente
 monta en su globo a los pájaros.
 El sol; capitán redondo,
 lleva un chaleco de raso .
 ¡Miradlos qué viejos son!
 ¡Qué viejos son los lagartos!

¡Ay, cómo lloran y lloran,
¡ay! ¡ay! cómo están llorando!"

(El lagarto está llorando).

En otros momentos el pesar de haber marchitado su infancia llena la mente y el corazón del poeta.

"Fuí también caballero
una tarde fresquita de Mayo,
ella era entonces para mí el enigma,
estrella azul sobre mi pecho intacto.
Cabalgué lentamente hacia los cielos
era un domingo de pibirigallo.
Y ví que en vez de rosas y claveles
ella tronchaba lirios con sus manos.

¡Qué tristeza tan seria me da sombra!
Niños buenos del prado,
cómo recuerda dulce el corazón
los días ya lejanos...
¿Quién será la que corta los claveles
y las rosas de Mayo?

(Balada triste).

los niños: ¿Te vas lejos, muy lejos
del mar y de la tierra?

yo: Se ha llenado de luces
mi corazón de seda,
de campanas perdidas,
de lirios y de abejas.
Y yo me iré muy lejos,
más allá de esas sierras,
más allá de los mares,

cerca de las estrellas,
 para pedirle a Cristo
 Señor que me devuelva
 mi alma antigua de niño,
 madura de leyendas,
 con el gorro de plumas
 y el sable de madera.

los niños: Ya nos dejas cantando
 en la plazuela.
 ¡Arroyo claro,
 fuente serena!"

(Balada de la placeta).

En ocasiones deja de llorar lo muerto para reír, aunque quizá otro nuevo modo de llorar, sea este leve jugueteo:

"Ahora en el monte lejano
 jugarán todos los muertos
 a la baraja... Es tan triste
 la vida en el cementerio!

(El diamante).

"Por una vereda
 venía don Pedro.
 ¡Ay, cómo lloraba
 el caballero!

(Burla de don Pedro a caballo).

Lo popular. De su "Marinero en tierra" decían a Alberti: "poesía popular, pero sin acarreo fácil". Lo mismo podemos recalcar en G. Lorca: "Poesía popular, pero sin acarreo fácil". Todo ha pasado por un cedazo de fina malla, con el aroma inconfundible del pueblo, pero con el sabor perfecto

que le ha dejado Federico García Lorca. Voces populares de coplas apenas retozan en los versos del juglar:

“Sólo por tus ojos
sufro yo este mal,
tristezas de antaño
y las que vendrán”.

(Tarde).

“¡Ay, qué trabajo me cuesta
quererte como te quiero!

Usa lo típico para adentrarse en su alma. Bien ha dicho un prestigioso crítico que “lo pintoresco le sirve de guía para explorar pecho adentro el alma gitana”.

Lo popular es el residuo del lento quemarse de las razas. Lo popular, hijo de lo individual, pero dócil alumno de la multitud que lo moldea según su sentir; piérdese el padre, pero todas las bocas al decir sus palabras crean con su aliento su sentido. Otras veces el poeta no hace sino aclarar lo turbio ya en la multitud. Quizás sea el caso de García Lorca, él, por ahí, en el mismo poema en que se asusta de su extraño nombre de Federico, nos dice:

“Llegan mis cosas esenciales.
Son estribillos de estribillos”.

(De otro modo).

Lo popular es la sabiduría ingenua o clarividente que dejan a su paso las generaciones. En Andalucía, donde han dejado alzados en monumentos su saber los árabes andaluces, las voces de esos muertos alcanzan a flotar entre el sonido del habla de este nuevo poeta andaluz. En la célebre casida de Abenamar, en elogio de Almotamid se lee: “El jardín—don-

de el río parece una mano blanca extendida sobre una túnica verde..."; y en aquella otra de este Almotamid loado: "Junto a un recodo del río, pasé la noche en compañía de una doncella, cuyos brazaletes semejabán las curvas de la corriente". En el segundo "Nocturno de la ventana", el poeta, siente la identidad del brazo y la mano agitando sus pulseras:

"Un brazo de la noche
entra por mi ventana.
Un gran brazo moreno
con pulseras de agua".

No olvidemos tampoco de señalar junto a lo popular, la ironía, fuerza del labio del pueblo.

Dramatismo. Si como señalamos, la tendencia a lo dramático estaba, en el primer libro, situada dentro de la melancolía contemplativa de introspección, llega, en los otros, a salvarse de su ensimismamiento para hundirse en la genuina alma gitana, y aún en la tristeza negra que encontró en Norte América. La resignada tristeza gitana le hizo comprender la melancolía de paraíso perdido que tiembla en los negros.

Este dramatismo que golpea al cielo sin perder la inocencia de su lirismo, señala su potencia especialmente en el Romancero Gitano y en su último poema "Llanto a la muerte de Ignacio Sánchez Mejía". Es seguramente en el Romancero y Llanto, donde su fino temperamento, arqueándose como una hoja de espada a la luz del sol y luna, da los más bellos reflejos.

En un estudio publicado en la fenecida revista uruguaya "La Pluma", José Mora Guarnido, nos dice que en G. Lorca se hallan los terrores y las angustias infinitas del pue-

blo que ha comprendido su limitación y su impotencia, la pena gitana, la dramática resignación moruna, el desplante heroico del contrabandista valiente, la sombría y silenciosa mirada ante las cosas y un panteísmo de espíritu refinado que regresa a la credulidad después de haber visto confirmada su última duda y el fasto de las leyendas orientales y el grito largo, tremendo, el "Ay" alto y ondulante en el viento de la seguriya, de la serrano o de la saeta . . . esos gritos de voces quebradas por un dolor de generaciones y las dulzuras de los crepúsculos en aquellos valles silenciosos donde las cosas tienen una singular expresión de vitalidad resignada y consciente. Es el poeta que ha comprendido mejor el alma de Andalucía y que mejor ha sabido, por lo tanto, cantarla".

Diez.—Canedo, recalca, también que lo dramático es el secreto de su lírica.

Por sobre todo este dramatismo, esta queja larga, la luna. La luna negra y blanca, espectro y fantasma, mira sin palabras:

"Luna sobre el agua.
Luna bajo el viento".

(Nocturno en la ventana)

"En la luna negra
de los bandoleros
cantan las espuelas.
En la luna negra
sangraba el costado
de Sierra Morena".

(Canción de jinete 1860)

“Jaca negra, luna grande,
y aceitunas en mi alforja.
Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja”.

(Canción de jinete).

Ya es una voz que la llama de fuera a esa luna de lirio
y hoja de cuchillo:

“Luna, luna, luna, luna,
del tiempo de la aceituna.
Cazorla enseña su torre
y Benamejí la oculta.
Luna, luna, luna, luna.
Un gallo canta en la luna.
Señor alcalde, sus niñas
están mirando a la luna”.

(Escena del Tte. Coronel).

O ya es un niño, que ha de morir, quien la mira:

“La luna vino a la fragua
con su polizón de nardos.
El niño la mira, mira,
el niño la está mirando”.

(Romance de la luna luna).

La luna sobre todos los cipreses, la luna oscurecida por
el viento, que desde Canciones cobra fama de Don Juan, que
coge a todas las muchachas por la cintura y de quien huye
Preciosa la gitana.

Luna y viento mirando a la muerte, donde el dolor, se
emboza en su capa, para no mostrarse sufrir: los muertos tie-
nen sonrisas plácidas y aún las mismas heridas rojas parecen

sonrisas. A Antoñito el Camborio, que le han quitado la vida cerca del Guadalquivir, los cuatro primos hermanos, hijos de Benamejí, ángeles atienden su cuerpo sin ánima:

“Ay Antoñito el Camborio,
digno de una emperatriz.
Acuérdate de la virgen
porque te vas a morir”.

Y al morir

“Un ángel marchoso pone
su cabeza en un cojín.
Otros de un rubor cansado
encendieron un candil”.

Hay en las páginas del Romancero un desfile de muertos, de gitanos alanceados por el dolor, que parece que en la tierra el toro de las reyertas no descansa, y los ángeles blancos de Alberti se convierten en ángeles morenos, ángeles color de faraón:

“Angeles negros traían
pañuelos y agua de nieve.
Angeles con grandes alas
de navajas de Albacete.
Juan Antonio el de Montilla
rueda muerto la pendiente,
su cuerpo lleno de lirios
y una granada en las sienes.
Ahora monta cruz de fuego
carretera de la muerte”.

Pero no todo es muerte de gitanos. Mueren también el resto de las cosas creadas: pájaros, aguas;

"Al estanque se le ha muerto
 hoy, una niña de agua.
 Está fuera del estanque
 sobre el suelo amortajada.
 De la cabeza a sus muslos
 un pez la cruza llamándola.
 Ei viento le dice: "Niña"
 más no puede despertarla".

(Nocturno en la ventana 4).

La muerte en este poeta andaluz no es aquella angustia que en Rosalía de Castro nace de "unha sede d-un non sei qué, que me mata", sino la plena conciencia de la brevedad de la vida, resignación de perderla, esperándola en cualquier serranía o redondel:

"Aunque sepa los caminos
 yo nunca llegaré a Córdoba.

La muerte me está mirando
 desde las torres de Córdoba.

¡Ay qué camino tan largo!
 ¡Ay qué la muerte me espera,
 ¡Ay mi jaca valerosa!
 antes de llegar a Córdoba!

Córdoba.
 Lejana y sola.

Así como se verá en el "Llanto a Sánchez Mejía", la muerte sólo viene cuando todo está alerta esperándola. Otea el mundo su paso, mudo la oye y espera:

!Preciosa, corre, Preciosa,
 que te coge el viento verde!
 ¡Preciosa, corre, Preciosa!
 Míralo por donde viene,
 sátiro de estrellas bajas
 con su lengua reluciente.
 Preciosa llena de miedo
 entra en la casa que tiene
 más arriba de los pinos,
 el cónsul de los ingleses.
 Asustados por los gritos,
 tres carabineros vienen,
 sus negras capas ceñidas
 y los gorros en las sienas.
 El inglés da a la gitana
 un vaso de tibia leche
 y una copa de ginebra
 que Preciosa no se bebe.
 Y mientras cuenta llorando
 su aventura aquella gente,
 en las tejas de pizarra
 el viento furioso muerde”.

LA PASION ANDALUZA. —La fuerza dramática de G. Lorca está en la pasión de su pueblo—claro está, que él, es en su interior, la pasión de su pueblo, intelectualizada. Pasión andaluza tocada del lirismo del poeta, de un lirismo de hielo brillante, frío, que se enciende con el dolor dramático de algunos gritos y escenas, sin llegar en el Poema del Canto Jondo a la potencia con que se yergue en el Romancero.

El Poema del Cante Jondo es de aquella época primera del poeta, en la que, en compañía de Manuel de Falla el gran-

de, realizan una genuina fiesta del Cante Jondo en la querida Granada.

Cante Jondo. En esencia el Cante Jondo se origina del residuo que permanece de las razas. Medina Azara en un meditado ensayo publicado en la Revista de Occidente hace derivar el Cante Jondo del canto festival de los hebreos. "El verdadero destino de estos cantares, entre los hebreos, fué su ejecución en los días de fiesta. "Día de fiesta" es en hebreo Jom Tod, literalmente "Buen día" — voz que bajo la presión del desgaste vulgar de pronunciación sonaría como "jondo", palabra que desde luego nada tiene que ver con "hondo". No debemos sorprendernos que el judaísmo tenga brazos en la composición de estos cantos, conociendo que su repartimiento en España fué inmenso y llegó a ocupar los rangos de grandeza, desde donde declinan muchos títulos de hoy.

A mi juicio la característica esencial de este libro del Cante Jondo, es el cantar desenfrenado a la guitarra, porque en el poema entre el clamor de

"Ay amor
que se fué y no vino".

clarea el llamado a la guitarra. Es como un mimo amoroso el gritarle nombres suaves o rudos, para hacerla sollozar. Semeja a una mujer ebria a quien se desea oír cantar penas y se le cosquillean los oídos con galanterías o injurias soeces. Entonces

"Empieza el llanto
de la guitarra".

Pueden llamarla "polifemo de oro" por su único ojo negro y fijo. Decirla mostrando que

“las gentes van suspirando
con las guitarras abiertas”.

(Barrio de Córdoba).

Que su boca redonda es puerta por donde huye
“el sollozo de las almas perdidas”. Y cantar Ay yayayayay
en noche de luna clara. Entonces, al temblar, su voz, delicada
en un comienzo, se hará oír, para terminar ocupando toda
la noche con su canto.

Llora hacia ningún lado y para nadie.

“Llora monótona
como llora el agua,
como llora el viento
sobre la nevada”.

“... flecha sin blanco,
la tarde sin mañana
y el primer pájaro muerto
sobre la rama”.

(La guitarra).

Dejadla que llore por las cosas lejanas. ¡Hay tantas cosas
por las que cantar llorando es necesario en este mundo!
Si se dijieran de escueta palabra quizá harían sonreír. En
medio de dos ayes espiralados y escalofriantes hacen doler y
no hay espacio para reír.

Ha empezado el llanto de la guitarra. Bien dice Federico
G. Lorca que

“Es inútil
callarla.
Es imposible
callarla”.

Hay tantas cosas lejanas por las que llorar en medio de nuestras alegrías. Tenemos como la guitarra el

“Corazón malherido
por cinco espadas”.

Es ya la sierra que resuena en sus maderas, quejándose. Junto a la voz que solloza con la guitarra está el baile con su simbolismo dramático, no olvidemos aquellas danzas asiáticas de aplacamiento a los dioses o de recuerdo de guerra; la voz del baile, voz seca, delicada o ronca, son las castañuelas. García Lorca las canta sencillamente:

“Crótalo.

Crótalo.

Crótalo.

Escarabajo sonoro.

En la araña

de la mano

rizas el aire

cálido,

y te ahogas en tu trino

de palo.

Crótalo.

Crótalo.

Crótalo.

Escarabajo sonoro”.

Pero esta pasión exige amén de objetos que la simbolizen, el alma que sufra, el alma que traduzca los dolores que tienen más o menos hondo todos los hombres. Miremos un apunte del Niño de Jerez, tronco de Faraón, como le dice el poeta al dedicarle sus viñetas andaluzas: está con la boca

entreabierta y los ojos lejanos, ya en un terrible instante de agonía.

Un cantor, Silverio, solía decir: "Templarme y ponerme a sufrir era todo uno y eso le pasa a todos los güenos cantaores. El cantaor sin sufrimiento es una guitarra sin cordaje; hace ruido pero no suena. Las gentes creen por lo regular, que los ayes y queos, son presumidos adornos, agilidades; floreos como los de las triples ligeras, mentira, son gemidos, y por eso, según lo que sufre cada cantaor, estruja y moldea la copla para darle la forma de su queja y el sabor de sus lágrimas. El Chato de Jerez, cuando cantaba solo, lloraba. Conchita la Peñaranda, muchas veces al descender del tablaio sufría unas arrancás de llanto que partían el alma. Los cantaores de seguriyas, particularmente, por las dificultades bocales que este canto ofrece y el derroche de dolor que en él se hace, concluyen con la laringe destrozá y los tímpanos rotos o el corasón o los pulmones deshechos. Yo mismo llevo acá, aseguraa, poniéndose el índice sobre el corazón, una estocaiya jonda y atravesá de esas que no perdonan. Y es que nosotros no somos máquinas al emitir sonidos, sino criaturas que sufrimos y que por no llorar, cantamos nuestras pena. Cuando Anilla la de Ronda, pasaba fatigas por el hombre que la había abandonao y cantaba aquello de:

"Yo no siento que te vayas,
lo que siento es que te lleves
la sangre de mis entrañas".

El público que estaba en antecedentes venía al café no a oírla cantar, sino a oírla sufrir".

Silverio Franconetti, que hablaba así de su arte, tiene un retrato hecho por el pincel-pluma de García Lorca:

“Entre italiano
y flamenco,
¿Cómo cantaría
aquel Silverio?

La densa miel de Italia
con el limón nuestro,
iba en el hondo llanto
del siguiroyero.

Su grito fué terrible.

Los viejos
dicen que se erizaban
los cabellos,

y se abría el azogue
de los espejos.

Pasaba por los tonos
sin romperlos.

Y fué un creador
y un jardinero.

Un creador de glorietas
para el silencio.

Ahora su melodía
duerme con los ecos.

Definitiva y pura,
¡con los últimos ecos!”

(Retrato de Silverio Franconetti) .

O bien oigamos a aquella Parrala que

“sobre el tablado oscuro,
la Parrala sostiene
una conversación
con la muerte.

La llama,
no viene,
y la vuelve a llamar.
Las gentes
aspiran los sollozos”.

La melodía de Silverio Franconetti esparcida, ya sin quebrar la limpidez de los espejos, se recoge en sombra. Pero siempre hay almas que cantan el dolor de todas, en noches morenas que permanecen quietas, escuchando la copla:

“del placer que irrita
y el amor que ciega”.

Ya son soleares con “el puñal en el corazón” pues

“todo se ha roto en el mundo.
No queda más que el silencio”.

(Ay)

y viene la soleá!

“¡Ay yayayayay,
que vestida con mantos negros!

(La soleá).

“De la cueva salen
largos sollozos.
El gitano evoca
países remotos.
En la voz entrecortada
van sus ojos.
(Lo negro
sobre lo rojo)”.

O ya son saetas, cantares de la Santa Semana, en los pasos que avanzan desde las iglesias en el amanecer:

“Virgen con miríñaque,
virgen de la Soledad,
abierta como un inmenso
tulipán.
En tu barco de luces
vas
por la alta marea
de la ciudad,
entre saetas turbias
y estrellas de cristal”.

(Paso)

Grito no a la Virgen, sino a un Cristo moreno de gue-
dejas quemadas; pero siempre

“Sobre la noche verde
las saetas,
déjan rastro de lirio
caliente”.

O son seguiriyas gitanas, cuyos gritos van de monte a
monte:

“Doblen las campanas,
doblen con doló;
que s'ha muerto la mi compañera
de mi corazón”.

(Cancionero popular).

Gritos seguidos de un silencio

“un silencio
donde resbalan valles y ecos
y que inclina la frente
hacia el suelo”.

ROMANCERO GITANO.— Obra capital esta de G. Lorca. Aquel dramatismo que ponía en el Cante Jondo del pueblo, está ahora en la narración de hechos de esa misma casta popular. No son ya quejidos, sino hombres sangrando, como en aquella reyerta en que las navajas de Albacete relucían como peces; historias de casadas infieles que engañan a sus amantes:

“Y yo me la llevé al río
creyendo que era mozuela
pero tenía marido”;

tres santos para tres lugares: un San Miguel para Granada, para Córdoba el San Rafael, y ese San Gabriel al que regalaron los gitanos un traje, para Sevilla; emplazados a quienes dicen:

“El veinticinco de Junio
le dijeron al Amargo:
Ya puedes cortar si gustas
las adelfas de tu patio.
Pinta una cruz en la puerta
y pon tu nombre debajo,
porque cicutas y ortigas
nacerán en tu costado,
y agujas de cal mojadas
te morderán los zapatos,
Porque dentro de dos meses
yacerás amortajado”.

Episodios de vida que no dejan de mostrar el oculto temor que se tiene al misterio. Episodios de gitanería de ojos oscuros y color moreno de verde luna: junto a estos hombres gitanos andan despacio y garboso, como Antoñito el Camborio, los toreros.

Bien dejé para el final estas vidas de gloria y sangre; existencia para la muerte y las heridas y las glorias de amor, donde cada acto es dramático porque camina hacia el ángulo que mata.

Glorias como aquella que dejó según las historias, la señora y duquesa de Osuna al bajar, ante una multitud callada, a cerrar la herida y restañar la sangre de un torerillo caído.

El torero simboliza dentro de un país la vuelta hacia el combate primitivo, donde la astucia primaba hermanada con la fuerza del brazo; simboliza además de esa heroicidad y valentía, la fuerza; y quien dice la fuerza admite una correlación de virilidad. Virilidad que bien puede ser, en otro campo, anti-virilidad Don Juanesca.

En este punto es necesario aclarar un hecho: Giménez Caballero, en un ensayo llama a los toros "viejo símbolo indo europeo de la fuerza erótica, adorado por tanta raza morena". ¿No podría verse en la lidia de toros, sin apurar demasiado la imaginación, el eterno combate de don Juan y don Luis? ¿No será acaso el viejo símbolo de la fuerza erótica—toro—defendiendo su gloria de macho entre los suyos y el viejo símbolo de la fuerza erótica humana—torero—defendiendo su gloria venidera y sus corazones por conquistar, un mismo río cortado en dos brazos? Don Juan de nacimiento, don Luis por indiferenciación. La corrida, lucha a muerte, equivaldría al recuento en la hostería, de las hazañas.

Dejo sólo esbozado este punto. Quien crea que es únicamente alucinación o un juguete que nada lleva dentro, déjelo; quien imaginativamente lo comprenda, cójalo.

Pasemos de estos toreros

“delgaditos de cintura,
con trajes color naranja,
y espadas de plata antigua”

a la rosa manchada
de sangre de el “Llanto a la Muerte de Ignacio Sánchez Me-
jía”.

El torero abrió su flor de muerte a las cinco de la tarde.

“Día era de reyes,
día era señalado.

(Romancero del Cid”).

El poeta sabía bien que todo era inútil para las cinco
de la tarde; que a la hora exacta

“Un niño trajo la blanca sábana
a las cinco de la tarde.

Una espuerta de cal ya prevenida
a las cinco de la tarde.

Lo demás era muerte y sólo muerte
a las cinco de la tarde,

Y luchan la paloma y el leopardo
a las cinco de la tarde.

Comenzaron los sonos del bordón
a las cinco de la tarde.

En las esquinas grupos de silencio
a las cinco de la tarde.

La muerte puso huevos en la herida
a las cinco de la tarde.

A las cinco de la tarde.

A las cinco en punto de la tarde.

Luego llevaron su cuerpo más allá de las cinco de la tarde, pero como una amapola abandonada quedó la sangre. Ni la novia, ni la madre, ni la Virgen Macarena han querido verla.

“No.

¡Que no quiero verla!

Por las gradas sube Ignacio
con toda su muerte a cuestras.

Buscaba el amanecer
y el amanecer no era.

Busca su perfil seguro
y el sueño lo desorienta.

Buscaba su cuerpo hermoso
y encontró su sangre abierta.

¡No digáis que la vea!

No quiero sentir el chorro
cada vez con menos fuerza;

ese chorro que ilumina
los tendidos y se vuelca
sobre la pana y el cuero
de muchedumbre sedienta.

¡Quién me grita que me asome!

¡No me digáis que la vea!

No se cerraron sus ojos
cuando vió los cuernos cerca,
pero las madres terribles
levantaron la cabeza.

Y a través de las ganaderías
hubo un aire de voces secretas
que gritaban a toros celestes,
mayorales de pálida niebla.

No hubo príncipe en Sevilla
 que comparársele pueda
 ni espada como su espada,
 ni corazón tan de veras.
 Como un río de leones
 su maravillosa fuerza,
 y como un torso de marmol
 su dibujada prudencia.
 Aire de Roma andaluza
 le doraba la cabeza.
 Donde su risa era un nardo
 de sal y de inteligencia.

¡Qué gran torero en la plaza!
 ¡Qué buen serrano en la sierra!
 ¡Qué blando con las espigas!
 ¡Qué duro con las espuelas!
 ¡Qué tierno con el rocío!
 ¡Qué deslumbrante en la feria!
 ¡Qué tremendo en las últimas
 banderillas de tiniebla!

Y allí queda la sangre derramada, pues,

... no hay cáliz que la contenga,
 que no hay golondrinas que se la beban,
 no hay escarcha de luz que la enfríe,
 no hay canto ni diluvio de azucenas,
 no hay cristal que la cubra de plata.
 No.

¡¡Yo no quiero verla!!

El cuerpo se deshace como el humo de una hoguera.

Estamos con un cuerpo presente que se esfuma
 con una forma clara que tuvo ruiseñores

y la vemos llenarse de agujeros sin fondo.
 ¿Quién arruga el sudario? ¡No es verdad lo que
 [dice!

Aquí no canta nadie ni llora en el rincón,
 ni pica las espuelas, ni espanta la serpiente:
 aquí no quiero más que los ojos redondos
 para ver ese cuerpo sin posible descanso.
 Yo quiero ver aquí los hombres de voz dura.
 Los que doman caballos y dominan los ríos:
 los hombres que le suena el esqueleto y cantan
 con una boca llena de sal y pedernales.

No quiero que le tapen la cara con pañuelos
 para que se acostumbre con la muerte que lleva.

El mundo luego olvida el minuto terrible de las cinco
 de la tarde. Ya nadie recuerda al torero.

No te conoce nadie. No. Pero yo te canto.
 Yo canto para luego tu perfil y tu gracia
 la madurez insigne de tu conocimiento.
 Tu apetencia de muerte y el gusto de su boca.
 La tristeza que tuvo tu valiente alegría.
 Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
 un andaluz tan claro, tan rico de aventura."

Así, nosotros, también podremos decir de este andalu-
 císimo G. Lorca:

"Tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace,
 un andaluz tan claro, tan rico de aventura."

RAFAEL ALBERTI.

“Secretos de cal y canto”.—

Tirso de Molina.

Figurémonos al poeta en una de esas estancias de las altas casas modernas, blancas, de muebles pequeñitos, escondiendo al ángel desengañado en el reloj y en los rincones a los que no alcanza el sol, al ángel sonámbulo. Habrá siempre en la habitación una brisa de alas agitadas, una inquietud por los ángeles malos y una sonrisa para el ángel sin suerte. Quizá abandonada sobre una mesa, encontraríamos una caracola marina, y en un ropero, una vieja blusa marinera, porque, como los Apóstoles, antes de oír a los ángeles, Rafael Alberti soñaba y recogía peces del mar, plateados peces irreales que morían en peceras domésticas.

El poeta ha llenado una obra con sus inquietudes, que oscilan de mar a tierra, de tierra a cielo. Vé en el cielo un mar purificado, con toda la esencia cristiana angélica, que los paganos ponían en su mar. Hay una actitud igual en Alberti, al abrir los mares para gozar en la contemplación de aquel resabio de leyenda, de cosa perdida que significan las sirenas y los tritones llorosos, y el viaje y descubrimiento del mar celeste donde cantan los ángeles.

La tierra lo ata por los amores, pero las amantes, cansan pronto sus brazos en el nudo amoroso, y el poeta trepa hacia los altos árboles, buscando no se sabe si el mar o el cielo.

Pero entre la tierra y mar, y el azul de los espacios, hay como un valle deshabitado. Es el pórtico del cielo. Para alcanzar hasta los ángeles, el poeta limpia su visión de todo colorido que engaña: la poesía de Alberti llega a ser blanca; tiene entonces el resplandor nítido de lo blanco; se purifica del colorido para buscar, dentro de la altura, nuevas tonalidades mas tenues y vaporosas de lo albo; busca en la eternidad los minutos de la eternidad; sus libros son blancos: "el alba del alhelí", "Cal y Canto", "sobre los ángeles". Pero, podemos dudar del color del alba y del canto, más, la duda se dispersa sabiendo que ángeles vagos flotan sobre ellos y ponen en la alborada y la canción, la sombra de sus alas.

Lo blanco desde la sencillez limpia del alba del alhelí, hasta el retorcido neogongorismo que ilustra cal y canto.

Toda esta gama de nieve, dentro de lo que él llama el ciclo burgués de su obra, y que será el único que tendrá fija nuestra atención. Alberti llama ciclo burgués de su obra a aquél que se rompe con la "Elegía Cívica", desde el primer vagido de marinero en tierra. Aquella elegía es de la que renegara el maestro elegíaco Juan Ramón, el mismo Juan Ramón Jiménez que presentó su obra y que luego, al entrar Alberti en su etapa revolucionaria, se quejara que el poeta haya sido "lamentablemente separado de su propio y bello ser natural", por contaminaciones de amistad.

Nosotros miraremos al poeta en su amor al mar, su viaje en tierra, su tentativa de cielo y en las canciones de todos los ángeles.

SORTILEGIO DEL MAR.

“Pirata de mar y cielo
si no fuí ya, lo seré.”

R. Alberti.

El poeta reposa en un puerto donde el aire que respira tiene el vuelo pesado, por la mucha carga de sal y yodo. Una tarde, Rafael Alberti, sentado junto a un balcón, al respirar hondamente, aspiró en el oxígeno del viento una canción marinera, perdida en el aire, desde los tiempos lejanos del heroísmo y la ventura en el navegar. La canción se le fué a la sangre y ya el poeta no pudo hacer cosa alguna, sino pedir que lo dejaran ir al mar.

“Nunca me verás ciudad,
con mi traje marinero,
Guardado está en el ropero,
ni me lo dejan probar.
Mi madre me lo ha encerrado
para que no vaya al mar.”

¿Y, cómo, si encerrados están en ese ropero oscuro, la blusa de azul ultramar, el pantalón de campana y la cinta milagrera, ha de poder ir hasta el Mediterráneo el poeta? Porque habéis de saber, que los poetas, cuando desean ser piratas, se tiñen cicatrices en frente y mejillas, rásganse las vestiduras y hacen cubrir con un tafetán negro el ojo derecho; y si desean tripular un barco, lo único, lo esencial, es la cinta milagrera y la blusilla azul. Todo lo demás lo añade el sueño. El alma sólo puede vivir viendo azul las cosas, cuando está encerrada en la materia justa que las encarna y les dé su color.

¿Para qué, el poeta, desea ir al mar? Ya no estoy seguro si aquella tarde respiró una canción marinera o la de una sirena que contemplaba, peinándose, la caída de la tarde. La duda nace, del deseo del poeta de tener branquias, para poderse casar, pues

“Mi novia vive en el mar
y nunca la puedo ver.”

Ya luego aclara en el pregón submarino:

“¡Tan bien como yo estaría
en una huerta del mar
contigo, hortelana mía!

En un carrito tirado
por un salmón, ¡qué alegría
vender bajo el mar salado,
amor, tu mercadería!

¡Algas frescas de la mar,
algas, algas!

Más no creáis tanto en palabra de poeta, porque luego de gritaros que no puede vivir sin el mar, deja su llanto para enamorarse de otras novedades. Es casi un niño el poeta. Se olvidaría del mar:

“Si Garcilaso volviera
yo sería su escudero,
que buen caballero era.
Mi traje de marinero
se trocaría en guerrera...”

O ya, encontrando el juguete del salinar:

“Dejo de ser marinero,
madre, por ser salinero!”

El acendrado sortilegio del mar ya no le atrae; se pierde en ensoñaciones y en nostalgias. Vuelve la vista hacia la tierra, en busca de un amor más sencillo. Una sirena del valle, hija de la madre selva, le roba su quietud. Mas, al apremio de la tierra, aún resiste el poeta, y se ciega los oídos; pero la herida está hecha: de la pecera azul de su alma ha huído, por la trizadura, todo el mar y ha quedado su cristal liso, como el vidrio de una ventana después de alejarse una figura amada. Entramos en la ensoñación, la triste ensoñación que nace de la realidad, el apenado ensueño que se contenta con ver viajar niñas buenas, niñas que adolescen y mueren viajando, sentadas en un sillón, junto a su ventana:

“La niña rosa, sentada.

Sobre su falda,

como una flor,

abierto, un atlas.

¡Cómo la miraba yo

viajar, desde mi balcón!

Su dedo, blanco velero,

desde las islas Canarias

iba a morir al mar Negro.

¡Cómo la miraba yo

morir, desde mi balcón!

La niña, rosa sentada.

Sobre su falda,

como una flor,

cerrado, un atlas,

Por el mar de la tarde

van las nubes llorando

rojas islas de sangre.”

Ya se entrega, después del pensar, íntegro a la tierra. Olvida el mar: apostata de su creencia en el mar. Reniega de la vida marinera. Pero como buen andaluz, esa misma oscilación entre el ser y no ser que perseguía a García Lorca, también clava en cruz a Rafael Alberti. Ya en tierra vuelve sus ojos a la imposible mirada hacia el mar. Desafía con su mirada azul a los castellanos de la Castilla yerma:

“¡Alerta, que en estos ojos
del sur, y en este cantar,
yo os traigo toda la mar!
¡Miradme que pasa el mar!”

Siente como los renegados la voz de la antigua religión que enciende en momento inesperado el fuego del sacrificio, de la lucha, rompiendo entonces el nudo de pasión de la tierra:

“¡Arrancadme los cabellos,
y señaladme la cara
con los dedos!
¡Que yo, a pesar, lo veré!
¡Hacedme perder el habla
y partidme en dos el tronco
con un hacha!
¡Que yo, a pesar, lo veré!
¡Sí, yo veré al mar del norte
y luego, me moriré!

Todo acaeció cuando el poeta piensa que:

“Fuera de la mar
me perdí en la tierra!”

LA PRISION IMPOSIBLE: LA TIERRA.

“Sonámbulo entré yo anoche
en tu jardín. Nadie había”.

R. Alberti.

En aquella poesía del mar y en esta de la tierra, reunida en “la amante” y “el alba del alhelí”, reside el Rafael Alberti, sencillo, casi ingenuo de las primeras horas marcadas en la superficie de su reloj de sol.

La poesía es diáfana y transparente; más todavía, “poesía popular, pero sin acarreo fácil: personalísima; de tradición española; pero sin retorno innecesario; nueva, fresca y acabada a la vez; rendida, ágil, graciosa, parpadeante: andalucísima”, como le escribió al poeta, Juan Ramón.

¿Qué hace en estos libros claros, el poeta? En la poesía de la tierra, el poeta oye, como hemos señalado, el mar. Es semejante su corazón a la caracola marina que habíamos colocado en una mesa de su blanca casa: a todas horas da el sonido de resaca del mar. La mujer, que encarna a la tierra, no logra vencerlo totalmente. El poeta busca en la brisa el salitre del mar.

Viene el alba, el alba clara y olorosa; juguetona e interiormente apenada este alba del alhelí. Un leve escarceo, una contemplación de lo menudo con ojos alegres que se entristecen prontamente de su alegría, contemplamos en sus romancillos. Alberti nos deja a la novia apresurada sin casar:

"Toca la campana
 de la catedral.
 ¡Y yo sin zapatos,
 yéndome a casar!
 ¿Dónde está mi velo,
 mi vestido blanco,
 mi flor de azahar?
 ¿Dónde mi sortija,
 mi alfiler dorado,
 mi lindo collar?
 ¡Date prisa madre!
 Toca la campana
 de la catedral.
 ¿Dónde está mi amante?
 Mi amante querido
 en dónde estará?
 Toca la campana
 de la catedral.
 ¡Y yo, sin amante,
 yéndome a casar!

El poeta ve en la tierra, el buen y el mal amor. El amor que ya de sufrir sin esperanzas, llega a tener todas las piedras del pueblo en los pies clavadas; y el amor que obliga a estar:

"de negro, siempre enlutada,
 muerta entre cuatro paredes
 y con un velo en la cara".

El poeta siente como García Lorca, el sollozo al son del tambor, que es la saeta, "canto que hiere con una saeta el corazón del que canta y del que oye". Estremecido, exclama el poeta ante el Via Crucis:

“¡Ay, qué amargura de piedra
 por las calles encharcadas!
 Nadie le ayuda un poquito,
 todos le empujan.
 ¡Qué se desangra!
 Ya se ha quedado

sin hombros;

partido lleva el aliento,
 las rodillas desgarradas.
 Nadie le ayuda un poquito.
 Todos le empujan.
 ¡Qué se desangra!
 Tan sólo las tres Marías
 llorando, por las murallas.

Busca luego Alberti en los toros la gracia y la sangre.
 Este Niño de la Palma tiene el garbo torero, que se pavonea,
 mezclándose a las voces de los demás mataores, al zumbiar de
 la muchedumbre anhelante y entusiasmada:

“¡Qué revuelo!
 ¡Aire, que al toro, torillo
 le pica el pájaro pillo
 que no pone el pie en el suelo!
 ¡Qué revuelo!

Angeles con cascabeles
 arman la marimorena,
 pluma nevando en la arena,
 rubí de los redondeles.
 La Virgen de los caireles
 baja una palma del cielo.
 ¡Qué revuelo!

O bien admira el estremecimiento de gloria y tragedia que invade a la multitud:

“De sombra, sol y muerte, volandera
grana zumbando, el ruedo gira herido
por un clarín de sangre azul torera.

Abanicos de aplausos, en bandadas,
descienden, giradores, del tendido,
la ronda a coronar de los espadas.

Tiene la sangre este “Joselito de su gloria” del Llanto de G. Lorca. Bajo un distinto estilo, hay una misma alma que palpita, y mira al torero como un pequeño dios terrestre, por quien, el río, apenado, deshoja los olivares:

“—Virgen de la Macarena,
mírame, tú como vengo,
tan sin sangre que ya tengo
blanca mi color morena.
Mírame así chorreado
de un borbotón de rubies
que ciñe de carmesíes
rosas, mi talle quebrado.
Ciérrame con tus collares
lo cóncavo de esta herida,
¡qué se me escapa la vida
por entre los alamares!
¡Virgen del amor, clavada,
igual que un toro en el seno!
Pon a tu espadita bueno
y dale otra vez su espada.

Por esta muerte, por esta agonía, por el llanto que encontramos en el poema del ciervo, la cierva y la cervatilla, podemos decir, también, que es un poema torero:

Muerte.

... Y el ciervo arrodillado,
gimiendo: ¡Vida!
La cierva, por el vado,
llorando: ¡Hija!
La cervatilla, niño,
muerta en la orilla.

Llanto del ciervo mal herido.

¡Para nada, para nada,
me sirven ya mis alfanjes,
mis picas y mis espadas!
¡Ay, mis espadas floridas,
de anémonas coloridas!
¡Ay, mis alfanjes guerreros
tintos en moras moradas!
¡Picas mías, coronadas
de limonares luneros!

(La cierva agonizando).

Sí, monteros... para nada...
me sirven ya... sus alfanjes...
sus picas... y sus espadas..."

Amor, muerte, gloria, ha encontrado el poeta en la tierra; cosas percederas que todos los hombres consiguen aunque sólo un instante. Existe lo que perdura. Es la eternidad. El poeta hace girar los colores de un espectro para volver a encontrar la luz blanca. Comienza por buscar en los bordes

de la destrucción, el camino que lleva a lo eterno construído. Por lo blanco a la pureza. De la tierra y mar, a la zona intermedia, al pórtico del cielo.

PORTICO DE CIELO

“¿Cómo tendré sin el cielo,
alegre mi corazón?”

Lope de Vega

El espectro solar quieto: la realidad permanente que aún no ansía la inquietud de su reflejo. Narciso acostado en la hierba, de espaldas al estanque.

El espectro solar quieto: todo el cielo y la tierra con sus colores; “las mañanas de lazos blancos, verdes y carmines”, “rojo un puente de rizados se adelanta...”; “van sembrando luz, sombra, los colores”.

Hay un largo álamo en el campo de Narciso; sus hojas son verdes y blancas, tienen la cara que mira al cielo, verde, y blanca la que se inclina a tierra. Cuando hay viento todo el álamo tiembla en blanco.

Narciso piensa como “puede ser blanco al par que verde y negro”. Empieza a girar el espectro. Hojas de álamo agitando, en la oscuridad de la noche. Colores que se esfuman en lo blanco. Apresuramiento del leve susurro de las hojas, que el viento ahora mece; premura que tiene la imaginación del poeta de romper los colores para llegar a su esencia y resultado: blanco.

Paralelamente Narciso vislumbra en lo blanco como una transparencia de lo verde. Amanece. Narciso va al estanque y crea el reflejo.

“A ti, mis ojos, en el agua plana
del mar, te miren, dulces, retratado
y reflejado, arriba, en la mañana”.

Ya el poeta, abandonando el pormenor de la vida, contempla lo general, merced a Narciso y al álamo verdiblanco.

Pero asoma en la intranquilidad del agua del remanso en que Narciso se complace, el deseo de una imagen perfecta. Narciso mira por los ojos del poeta y no se pierde, convertido en flor, sino se salva renegando de lo que creyó imagen suya. Ya ve en la movediza agua:

“Una boca de sal, despunta y llena
de luz amarga y norte el inseguro
beso que el labio sumergido estrena”.

Esta imagen triste de Narciso, plantea el dolor de lo perecedero; para encontrar lo eterno, el poeta, comienza a destruir, para aclarar visión y horizonte. Vuelve a girar el redondel de cartón que tiene pegados en tajadas de papel los colores fundamentales. Van confundiéndose todos:

“... Las aceras
saltando atrás, en fila, comprimiendo,
tumulto y colorín, multiplicadas,
árboles, transeúntes, vidrieras,
en una doble fuga de fachadas.

... De los confines
de las tierras fugaces, desbocados,
entran los montes y la hidrografía
abrevada de troncos y ganados”.

Flota sobre este mundo, redondel de colores ya fundidos, “el cadáver sin rumbo de la aurora”.

El caos nace de esta muerte de vida del mundo. Las flores perecen, para resucitar también en su tercer día. Hay "un lirio agonizante que preguntaba por la inocencia de las palomas". Era la hora justa "en que los nardos más secos se acuerdan de su vida".

Hora de luz y tinieblas juntas. Vida hacia atrás: de la civilización a la creación, más allá la tiniebla antes del primer día, para volver a nacer la luz sobre las cosas increadas.

Es el momento en que los pájaros aviones que han salido con el sol, pierden su dirección en esta bruma y quedan malheridos. ¡Pobre, miss X, niña!

Triste el momento de la destrucción total: el poeta solo y espantado;

"... Áves tristes,
cantos petrificados,
en éxtasis el rumbo,
ciegas. No saben nada.
Sin sol, vientos antiguos,
inertes, en las leguas
por andar, levantándose
calcinados, cayéndose
de espaldas, poco dicen.
Diluidos, sin forma
la verdad que en sí ocultan,
huyen de mí los cielos.
Ya en el fin de la tierra,
sobre el último filo,
resbalando los ojos,
muerta en mí la esperanza,
ese pórtico verde
busco en las negras simas.

¡Oh boquete de sombras!
 ¡Hervidero del mundo!
 ¡Qué confusión de siglos!
 ¡Atrás, atrás! ¡Qué espanto
 de tinieblas sin voces!
 ¡Qué pérdida mi alma!
 —Ángel muerto, despierta.
 ¿Dónde estás? Ilumina
 con tu rayo el retorno.
 Silencio. Más silencio.
 Inmóviles los pulsos
 del sínfin de la noche.
 ¡Paraíso perdido!
 Perdido por buscarte,
 yo, sin luz, para siempre.

El poeta se asusta y tiembla, sin fe en la nueva creación, doliéndole la pérdida de la luz. Es terrible para el poeta el segundo en que "la soledad calza su pie de céfiro y descende".

Pero de los muertos, emerge una sombra, nuevo Virgilio, e infunde su soplo—de trescientos años de muerte que habían logrado finalmente burlar a los centuriones de la literatura—al poeta nuevo. Alberti, futuro poeta de los ángeles, remueve la lápida de Góngora con su llamamiento desesperado.

La nueva poesía, nueva luz, tiene aún el frío del mármol, de huesos de esqueleto abandonado.

Ha nacido la luz en los cielos que antes palpitaban en una fuga de cristal. En este renacer no se sabe si el ara del cielo es

“de pluma de arcángeles y jazmines,
si de líquido mármol de alba y pluma”.

La claridad nacida

“si de serios jazmines por estelas
de ojos dulces, celestes, resbalados”.

abre el camino al paraíso perdido y reencontrado, viaje hacia el cual se ha llevado como brújula, un “crisantemo polar de calcio y nieve”.

“A la luz,
a los cielos,
a los aires”.

CIELO

“Señor, son tuyos y son
nuestros los ángeles”.

San Bernardo.

El hombre se ha acostumbrado a la blanca luz y entra al paraíso, pero sus ojos terrenales, que soportaron las tinieblas, no resisten el reflejo de la luz que allí dentro vuela des-parramada. Además el hombre ha entrado con su imperfecto cerebro, a comprender el reinado de la armonía. El mismo Dios lo deja en su ceguera, sin enviarle aquel ángel que había curado con agallas de pez a Tobías. Santa Brígida, en frase que cita un autor actual, dice, que “tanto placer tendría quien los viera que moriría de la emoción”. Dios lo ha dejado ciego al poeta para que viva.

Pasa entre los coros de ángeles y no distingue a los serafines de los querubines, y éstos de los tronos, y menos aún a las virtudes, potestades y dominaciones ni a los principados, arcángeles y ángeles. En la visión todos son unos.

Cualidad de visión imperfecta, el poeta cantor de los ángeles, ve sombras celestes y sombras terrenas; contempla pureza e imperfección en el paraíso. Ya no es aquí simple división entre los ángeles fieles y los rebeldes, aquellos arrogantes rebeldes, de cuyo jefe, dijo Lope:

“Erase un ángel que apenas
era lo que era una hora,
cuando mirándose en Dios
pensó que era Dios su sombra”.

No. El poeta ve según él, a los ángeles. Estos son espíritus que se mueven junto a todos los seres y objetos, asomando su cabeza en ayuda de los hombres y jugando a contarse las blancas plumas del ala—salvo el ángel tonto que se está quietecito porque teme que le pidan sus alas.

En este paraíso, existen también coros de ángeles. Ensayemos formar jerarquías. He aquí una escalera celeste como la que vió Jacob; pongamos en el primer peldaño al ángel más puro, aquel que

“nunca escribió su sombra
la figura de un hombre”.

Este ángel, incontaminado y casto en su albura de espíritu.

En el segundo escalón acomodemos con la mirada fija en Dios y latiendo las alas en un afán de vuelo hacia la tierra, a los ángeles buenos, aquellos que magnifican las bellas cosas del mundo, los que bajan cartas de gracia del cielo, los que desean

“para sin lastimarme
 cavar una ribera de luz dulce en mi pecho
 y hacerme el alma navegable”.

El ángel de los números, ángel de la armonía, recuesta su cabeza sobre el pecho del buen ángel. Es él, quien pensativo, volando, nos señala en la pizarra negra de la noche la música de los espacios, la armonía de la matemática celeste, y nos borra con la esponja del alba, las estrellas fijas en el espacio. Ángel, espíritu celeste, que allá arriba pensativo vuela, y que al bajar a tierra, y señalar a nuestros ojos las pizarras humanas donde las ecuaciones son tiza, y donde él

“en las muertas pizarras
 el ángel de los números
 sin vida, amortajado”.

Pero el ángel de los números se salvará una noche en que algún sabio rompa las pizarras y ponga en los marcos vacíos, espejos que reflejan el cielo donde ese ángel pensativo vuela.

Bajemos un peldaño más: llegamos al cuarto donde con los ojos fijos en su Creador reposan los ángeles colegiales, aquellos que confiesan que si bien ninguno comprendía el “secreto nocturno de las pizarras”, todos sabían

“que un eclipse de luna equivoca a las flores
 y adelanta el reloj de los pájaros”.

Son estos ángeles colegiales semejantes a “las estrellas errantes que son niños que ignoran la aritmética”.

Quintos, los ángeles sin reposo, los de la prisa. Suben y bajan la escala y apenas se detienen en su coro, son aquellos que al poeta empujaban:

“Espíritus de seis alas.
Seis espíritus pajizos
me empujaban.
Seis ascuas.

Acelerado aire era mi sueño
por las aparecidas esperanzas
de los rápidos giros de los cielos,
de los veloces, espirales, pueblos,
rodadoras montañas,
raudos mares, riberas, ríos, yermos.
Me empujaban.

Enemiga era la tierra
porque huía.
Enemigo el cielo
porque no paraba.
Y tú, mar,
y tú, fuego,
y tú,
acelerado aire mi sueño.

Seis ascuas.
Oculto el nombre y las caras,
empujándome de prisa.
¡Paradme!
Nada.
¡Paradme todo, un momento!
Nada.
No querían
que yo me parara en nada.

Bajo estos espíritus de viento, inquietos, la pesadumbre de los sin suerte, pesadumbre resignada y sin quejido:

“Tú eres lo que va:
 agua que me lleva,
 que me dejará.

Sobre el ángel desconocido vienen aquellos ángeles mudos, que “van a morir mudos sin saber nada”. El ángel desconocido pasará a nuestro lado, sin reconocerlo nosotros; acompaña a esta tragedia la nostalgia que poseen de la compañía de los arcángeles:

“Yo era . . .
 Miradme.
 Vestido como en el mundo
 ya no se me ven las alas.
 Nadie sabe como fui.
 No me conocen”.

Tras el ángel desconocido vienen los ángeles albañiles, encargados de encalar los astros, blancos ángeles que resaltan junto al ángel del carbón “feo de hollín y fango”, que tiene su trabajo allá

“por los desvanes de los sueños rotos
 Telarañas. Polillas. Polvo”.

Se han terminado los diez coros de ángeles buenos. Vienen a continuación los de sombra, los satánicos, precedidos por el ángel que perdió la esperanza.

Reconocemos al ángel desengañado pues al decirle:

“Te esperan ciudades,
 sin vivos ni muertos,
 para coronarte.

responde:

—Me duermo,
 No me espera nadie,

Ha quedado olvidado entre "la nebulosa de los sueños oxidados", un ángel que ha contemplado el combate de los rebeldes luciferinos en el comienzo de los tiempos. Ahora vaga sin estar en la gloria, ni precipitado en los últimos estratos de los ángeles malos.

Si le preguntáis, estoy seguro que os cuenta la lucha este ángel sonámbulo:

"Ojos invisibles atacan.
Púas incandescentes se hunden en los tabiques.
Ruedan pupilas muertas. . .

Su boca "es un pozo de nombres, de números y de letras difuntas."

Permanecen desde ese tiempo de soberbia, ángeles de pura envoltura, espíritus mohosos que tienen

"cuerpos que por alma
el vacío, nada".

Desde la tierra se oye a veces el fragor de la lucha de los ángeles bélicos entre sí—"viento contra viento"—o contra los espíritus cenicientos que ansían "romper cadenas y enfrentar la tierra con el viento".

O ya es la verdad que se queja del ángel mentiroso, vencedor muchas veces suya, exclamando:

"Y fuí derrotada
yo, sin violencia,
con miel y palabras."

O bien el envidioso que os ordena

"Ni escuches. Ni mires. Yo . . .
Ciega las ventanas."

; o el rabioso

cuya luz es tan agria, y que se asoma en el fondo de su paraíso-infierno, paraíso en el hombre, infierno en ellos mismos.

En las últimas gradas de tinieblas los ángeles crueles y los avaros. Los crueles que tienen

“perforados
por un rojo alambre en celo,
la voz y los albedríos,
largos, cortos, de sus sueños.

y queman con sus manos alas y hojas,

Allá en el rincón, contraste con el ángel ángel, el avaro, que sueña

“... asaltar la banca,
robar nubes, estrellas, cometas de oro,
comprar lo más difícil:
el cielo.”

Paraíso construido después de destruir intelectualmente aquella sencillez de muchacho atraído por sirenas de mar y sirenillas del valle. Tuvo el poeta que destruir mucho, quemar con carbones rojos, para construir un paraíso artificial, que luego aventó en un momento de hastío.

Hoy sin ángeles, sin tierra, sin mar, el poeta; sólo con hombres, hombres que recorren su escala angélica.

8 FIN

No ha sido este trabajo un recto camino de inteligencia, sino una apasionada fuga a través de dos autores. Una mirada por ellos, una manera de comprenderlos justa o no. No he esperado estrujar su sentido. El queda intacto para quien los leyere. He sido injusto, por el mucho amor que me ha movido a buscarlos. Que si leen estas letras algún día, lo perdonen y no castiguen la osadía y lo parcial que este ensayo lleva. Que piensen que el hombre siempre es de corto vuelo, que este hombre, según decir de Amiel, es limitado porque "comprende solamente lo que lleva en sí."



Imp. Walter Gnad
Av. Portugal 6-8
